

IRREGULAR

Irregular es todo aquello que no es uniforme ni lineal. Aquello que, como el Guadiana, entra y sale, retrocede y avanza, aparece y desaparece, conformando un ser vivo en toda su magnitud. En estos tiempos de aparente pureza y perfección, irregular reivindica lo extraño, lo deforme, defectuoso, asimétrico, torcido, lo quebrado, intrincado o tortuoso, como partes inseparables de nuestra existencia. Irregular reclama lo diferente frente a la proliferación de lo igual.

La propia selección de las obras compone un retrato irregular. Son obras de diferentes épocas que reclaman la necesidad de no olvidar lo que nos precede; lo absurdo de estar siempre mirando hacia lo último, relegando lo anterior a la memoria, caducando a cada instante. Como si una vez construido y mostrado, perdiese automáticamente su sentido y valor. Son piezas muy diferentes, que se sitúan en disciplinas distintas: pintura, dibujo, escultura o instalación.

De tamaños diversos, desde pequeños dibujos de apenas unos centímetros, a pinturas de gran formato o instalaciones que se apoderan de toda la sala. Además, la factura también cambia, en algunos momentos es un trabajo meticuloso y contenido, en otras un trazo suelto, más gestual e intenso. Incluso el color pasa por grandes variaciones, desde el riguroso blanco y negro a imágenes con rojos, amarillos, verdes, rosas, colores planos y llamativos similares a los de la publicidad.

A pesar de todas estas diferencias, la exposición revela un nudo interior que fluye por las venas de cada obra. Quizás, esta muestra busca, precisamente desde las diferencias, encontrar ese hilo conductor presente en cada trazo, en cada pieza, en cada período, y que posiblemente es el que verdaderamente define mi trabajo. Nos situamos alejados de los discursos que manejo. Aquí los apartamos a un lado, para poder desvelar lo oculto, lo silenciado e ignorado. Pero cuya presencia es constante y latente.

En aras de esta búsqueda, decidimos invertir el recorrido que habitualmente sigue el visitante de la galería. Empezamos por abajo, introduciéndonos en la sala más íntima, ahora convertida en cripta barroca donde los intestinos se amontonan y desbordan. Para acceder a la instalación debemos introducirnos en la cueva, en la interioridad del cuerpo, como nos anuncia el cuadro *Paisaje Interior*, que sirve como localizador, situándonos en las profundidades de lo humano, donde los rectos se acumulan conformando un retrato de la que quizás sea la enfermedad de nuestro tiempo: el exceso.

Al subir de la cripta, inmediatamente el interior sale al exterior. Las vísceras son puestas literalmente sobre la mesa. El color antes subterráneo ahora se torna explosión de luz y alegría, aparece el espectáculo. Las siamesas nos reciben con las vísceras sobre la mesa, como forma de purgarse, de enfrentarse a sus miedos y aceptarlos, hasta el punto de ser consumidos. Aparentemente es una cocina caníbal, pero se trata de un régimen de símbolos, en el que la fragmentación del cuerpo remite al trauma.

Avanzamos y entramos en la sala primera, la de la entrada. Este espacio de bienvenida es también un lugar de paso, un momento de transición. Aquí las vísceras, y con ellas todo lo que simbolizan, se convierten en un cuerpo en sí mismo, autónomo e independiente. Conformando un estandarte que parece reivindicar lo interior, lo oscuro, lo solitario e invisible.

El siguiente paso nos lleva hasta *El Banquete quemado*, una instalación con forma de banquete romano que a través de su comida cenizas y carbón reflexiona sobre la deshumanización de la sociedad actual. Es un banquete fúnebre, que nos habla del fin, como señala la comida que componen este festín, compuesto por tartas, pasteles y otros dulces que normalmente son servidos al final de la comida, como cierre. Son alimentos muy icónicos,

que, a pesar de haber perdido sus atractivos colores, siguen despertando nuestro apetito y trayendo memorias de celebraciones y encuentros, de días de fiesta.

Del gran banquete vamos directos a la botica. Allí encontramos envasados todo tipo de fragmentos humanos. Estos fueron recolectados durante un año por todo Roma, en las calles y escaparates, en museos y bibliotecas. Los restos de una civilización enferma, en crisis, en cambio. Esta botica humana habla de la deshumanización y, aún mismo tiempo, de la cosificación del cuerpo, como partes de una misma moneda.

Al final, ya de salida, encontramos la pared con el gabinete de dibujos. Esta es, para mí, el cierre de la exposición, y quizás también la que desvela el trasfondo más puro de todas las obras. El dibujo, y en concreto los dibujos pequeños, son para mí una forma fundamental de mi trabajo artístico y el lugar donde las conexiones se hacen evidentes, ya no hay espacio para disimulos ni artificios.